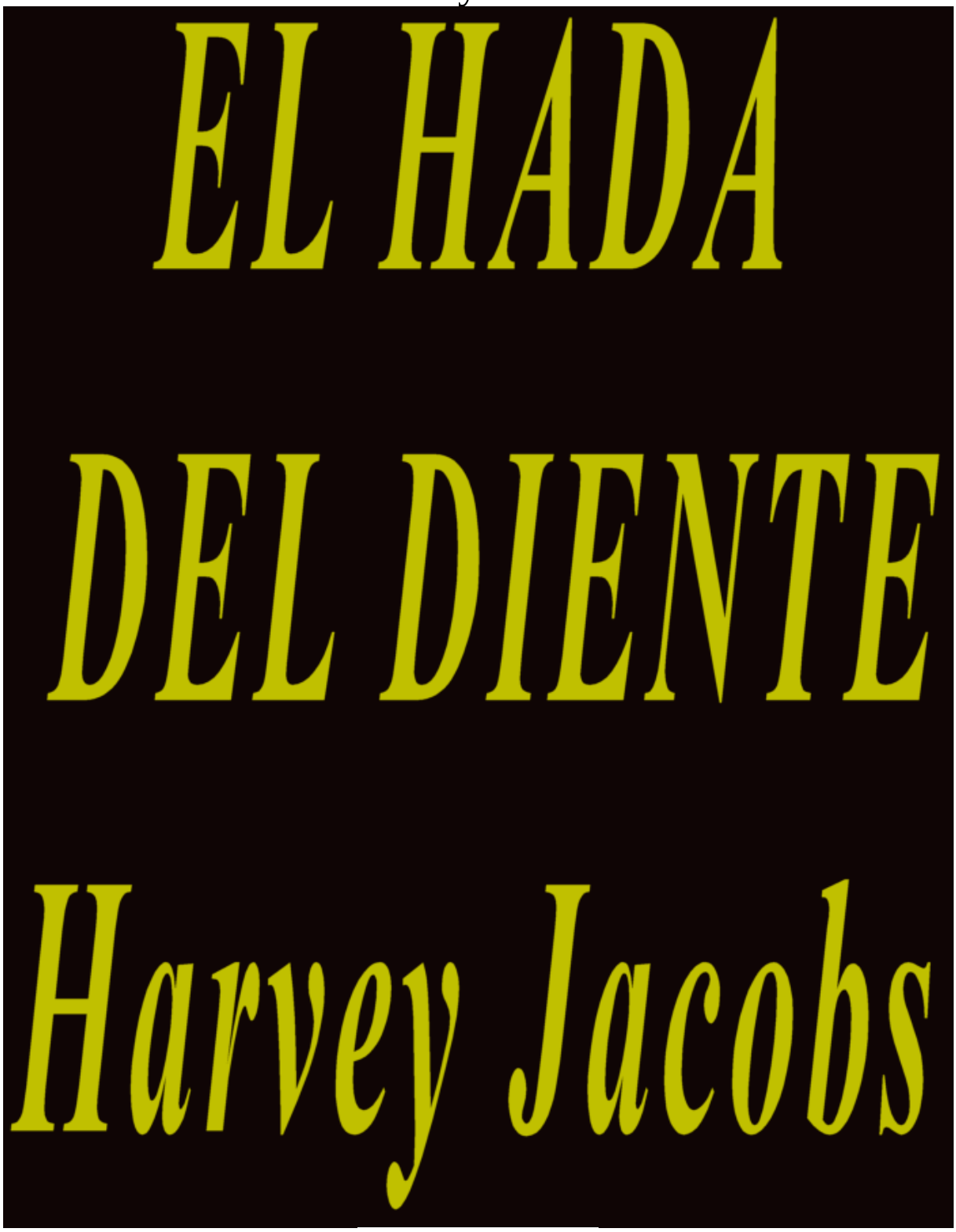
EL HADA DEL DIENTE

Harvey Jacobs




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Cuando Roger Ploom perdió el primer diente su madre armó un revuelo enorme. Y le dijo al pequeño que pusiera el diente bajo la almohada. Ahí fue a parar, pues, el diente caído, y Roger se durmió. Cuando se despertó, encontró un dólar en el lugar donde había estado el diente.

-El hada de los dientes ha venido durante la noche -le dijo su madre.

Cuando empezó a bailarle otro diente, Roger reventaba de gozo. Naturalmente, cuando Roger Ploom mordió un caramelo, el diente se cayó. Bajo la almohada fue también éste, y por la mañana halló en su puesto un dólar.

La tercera vez que a Roger Ploom le cayó un diente probó de mantenerse despierto para ver al hada de los dientes. ¿Qué aspecto tendría aquella criatura que cambiaba dólares por dientes viejos? ¿Vestiría como los dentistas? ¿Qué hacía de los dientes? ¿Tenían algún valor en alguna otra parte? El padre de Roger Ploom era dueño de una tienda. Compraba cosas a un precio y las vendía a otro, superior. ¿Se dedicaba el hada de los dientes a una actividad parecida, sacando un beneficio? Había de haber algo que explicase el motivo de lo que sucedía bajo su almohada en el corazón de la noche. Roger Ploom se quedó dormido antes de que viniera el hada de los dientes. Se despertó al amanecer, y allí estaba su tercer dólar, terso y verde como la lechuga, esperando su regordeta mano.

-El hada de los dientes, ¿siempre deja un dólar a cambio de un diente? -le pregunto Roger Ploom a su madre.

-Para los chicos buenos, sí -respondió la madre-. Para los malos, no.

De modo que los niños malos, y es de presumir que sucediera igual con las niñas malas, no obtenían nada a cambio de los dientes que se les caían. ¿Por qué? ¿Tendrían algo aquellos dientes que no permitiera aprovecharlos? ¿O, simplemente, sería el hada una criatura que sólo querría tratar con unos cuantos individuos que le merecieran confianza? El tema en conjunto interesaba profundamente a Roger Ploom. También le interesaba el dinero. El problema lo constituía el transcurso de tiempo que necesitaban sus dientes para empezar a movérsele, bailar y caer. En el cuarto diente, Roger se esforzó en colaborar en este proceso, y acelerarlo. Con la lengua, movía el diente adelante y atrás. Lo cual le producía una sensación deliciosa de placer y dolor. Le daba pena ver cómo el diente cedía y caía lo mismo que una hoja. Pero disfrutaba al conseguir otro dólar.

-Eres un chico afortunado -dijo su padre cuando Roger Ploom le enseñó la última recompensa-. Sin duda ganas más que trabajando.

El padre acababa de corroborar lo que Roger Ploom sospechaba. Había encontrado una veta riquísima. Eso de los dientes caídos era un negocio que andaba parejo con la lámpara de Aladino y el vellocino de oro.

Roger Ploom consideró que este asunto era un non sequitur, pero aceptó un diente de Bettey, que iba a su misma clase. Roger le dio una moneda de cinco centavos. Y Bettey los aceptó. Bettey era una chica mala en todos los conceptos, una arma–camorras. No cabía duda, a ella nunca le daban ni un centavo por sus dientes. Roger Ploom la eligió para la primera transacción por dos motivos. Quería ver si se podía engañar al hada de los dientes. Y quería saber si los dientes de niña se pagaban al mismo precio que los suyos.

-Me ha caído otro diente -le dijo a su madre. Le enseñó el incisivo de Bettey y luego lo puso bajo la almohada.

-¡Canastos, y cómo creces! -exclamó la madre.

Aquella mañana tentó cuidadosamente bajo la almohada. Era una prueba vital. Si el hada de los dientes andaba distraída y aceptaba el de Bettey, él habría hallado una mina de oro. En cambio, si el hada era una de esas criaturas que lo saben todo, Roger quizá ya no cosechara ni un penique más, ni siquiera por sus propias gemas blancas, perlinas.

Bajo la almohada había un dólar, lo mismo que las otras veces. De modo que, o el hada

era una tonta, o necesitaba dientes, y los necesitaba con urgencia. Roger Ploom, muchacho práctico, se inclinó por la segunda probabilidad. Sus padres le habían dicho muchísimas veces que nadie da un dólar a cambio de nada. Y el dicho tenía lógica. Aquel hada necesitaba dientes y los pagaría a buen precio. La procedencia no importaba. Lo que importaba era quien llevara el negocio y el ritual de la almohada. Roger Ploom, niño bueno, podía actuar de agente con impunidad total. Evidentemente, su dormitorio resultaba un terreno perfecto, un lugar adecuado para que el hada lo visitase. En la ciudad abundaban los niños malos. En su propio jardín de la infancia había cuatro y cada uno representaba un criadero potencial de dientes.

Pero, también ahora, el problema lo constituía el tiempo. Los dientes llegaban a manos de Roger Ploom de tarde en tarde y en poca cantidad. Durante los dos meses siguientes sólo pudo comprar dos.

El primero le valió un dólar, como esperaba. El segundo lo tuvo que comprar a cincuenta centavos. El niño que se lo vendió, Billy Latik, era un regateador duro. Dado que el diente le costaba tan caro, Roger Ploom decidió que también había de venderlo a un precio mayor. ¿Cómo podría comunicárselo al hada de los dientes?

Roger Ploom sospechaba que su madre sabía la manera de ponerse en contacto con la desconocida criatura. Cada vez que tenía un diente se lo decía a su madre, y la información iba a parar a su destino. ¿Cómo podría comunicar él directamente, dejando a su madre fuera del negocio? En fin de cuentas, ella no tenía nada que ver.

De modo que habló con miss Bromph, la maestra, y le dijo que necesitaba su ayuda. Le explicó que quería radactar un cuento y le pidió que le escribiese unas palabras en un papel. Miss Bromph sonrió satisfechísima. De buena gana escribió lo que en realidad era una petición dirigida al hada, exigiéndole más dinero, y dijo que se trataba de un cuento muy lindo. Roger Ploom no veía nada lindo en aquellas líneas, pero las tenía.

Y el papelito pasó a ocupar el puesto indicado bajo la almohada; pero el diente caro no. Primero quería saber la respuesta. Aquella noche sonó el teléfono, y Roger oyó que su madre hablaba con alguien. Por la manera de hablar de su madre, a Roger Ploom se le antojó que en el otro extremo del hilo estaba miss Bromph. Mas, ¿para qué llamaría una maestra a su casa? No tenía sentido. Lo importante del caso es que al día siguiente encontró un dólar y medio bajo la almohada, y por la noche dejó el diente en su puesto.

Aquel día, en el colegio, Roger Ploom estaba demasiado inquieto incluso para jugar. Si el hada de los dientes los pagaba a un dólar cincuenta cada uno era que tenía muchas ganas de comprar. ¿Podía darse el caso de que hubiera gran escasez de dientes, una verdadera crisis de dientes, allá donde viviera el hada? ¿Y cuánto duraría? Roger Ploom sabía que él no era el único proveedor. Una niña buena, Leslie Vine, también obtuvo un dólar por un diente, la semana pasada. ¿Y si millares de niños buenos se extraían de pronto millones de dientes y la bolsa del hada se cerraba por completo? Era el momento de dar el golpe.

Aquella noche, en la cama, Roger Ploom deseaba tener un hermano, o una hermana, o mejor todavía, muchos hermanos y hermanas, como las familias que veía en la televisión. Pero en pura realidad sólo contaba consigo mismo y con sus padres. Tendría que arreglárselas con estos elementos.

Su padre y su madre vieron el Ultimo Programa y se pasaron horas -le pareció a Roger- hablando. Por fin, se fueron a la cama. Roger permaneció inmóvil hasta que oyó la respiración aquélla, indicadora de que se habían dormido. Luego se levantó en silencio y fue a buscar la caja de los instrumentos. El contacto de las tenazas en la boca era frío, y cuando apretaba los brazos de las mismas sentía un vivo dolor. No, el plan que se había trazado no servía. No podía arrancarse sus propios dientes.

Roger Ploom oía los ronquidos de su padre. Era un hombre que dormía como un tronco; su madre lo decía siempre. Nada lograba despertarle, ni siquiera el despertador. Además, tenía dientes que no utilizaría nunca, dos hileras. Se vanagloriaba de que tendría una dentadura

perfecta hasta el día de su muerte. Le venía de familia. Unos dientes como aquéllos podían valer muy bien dos dólares cada uno, y hasta diez. Acaso cien.

Roger Ploom entró de puntillas en el dormitorio de sus padres. Su madre dormía acurrucada de cara a la pared. Su padre estaba cerca de la puerta, fácilmente accesible. Y, cosa todavía mejor, tenía la boca abierta de par en par. Era una persona excelente su padre, así con la boca bien abierta y una sonrisa en la cara. Sin duda estaba soñando algo agradable.

Roger Ploom cogió las tenazas y probó que tal apretaban. Se le escapó una risita en la oscuridad. Mañana, sin duda alguna, tendría lo suficiente para comprarse un triciclo. O quizá dos.